

EL ESPÍRITU SANTO ANTES DEL NUEVO TESTAMENTO

BIBLIA HEBREA Y LITERATURA TARGÚMICA

DR. ALFONSO DE LA FUENTE
Facultad de Teología San Dámaso
Madrid

I. VIENTO Y ESPÍRITU

Cuando en el lenguaje corriente utilizamos vocablos que designan realidades no perceptibles por los sentidos, no solemos advertir que tras ellos se oculta todo un mundo de metáforas. Esos vocablos, si no nacieron ellos mismos para designar realidades sensibles, proceden de otros nacidos con esa finalidad; son, en última instancia, metáforas muertas, términos traslaticios cuya condición de tales se perdió en el olvido. Así acontece con muchos términos filosóficos y, sobre todo, con el vocabulario religioso. Porque "a Dios nadie lo ha visto nunca" (Jn 1,18), para hablarle y hablar de él es preciso recurrir a términos y expresiones que, al menos en su origen, tienen que ver con lo experimentable por los sentidos.

Así acontece en particular con el vocablo "espíritu". Estamos acostumbrados a entenderlo como designación directa de un determinado ámbito de la realidad, precisamente el que se contrapone al de la materia. Pero este vocablo está relacionado en su origen con una entidad material: el aire en movimiento. Tanto el latín *spiritus* como el griego πνεῦμα se refieren primariamente a los fenómenos de la respiración y el viento¹.

¹ La raíz indoeuropea *gheis-* (de la que proceden el inglés *ghost* y el alemán *Geist*) hace referencia a la emoción y el miedo, sentimientos que se reflejan en el ritmo de la respiración.

También el sustantivo רוּחַ (*rúaj*) nació para designar el viento y la respiración. Estos dos fenómenos coinciden en ser "aire en movimiento", si bien lo que originariamente expresa רוּחַ no es tanto la entidad de los mismos fenómenos cuanto la fuerza, más o menos misteriosa, que se manifiesta en ellos. Al parecer, el vocablo se aplicó primero al viento y más tarde a la respiración. Lo cierto es que nos hallamos ante un doble significado fundamental: "viento" y "aliento". A partir de ahí, secundariamente, en virtud de un juego metafórico, el vocablo significa también "espíritu". Sólo el contexto en que aparezca רוּחַ nos indicará cuál de estos significados debemos entender en cada caso y en qué punto del respectivo campo semántico debemos situarnos: el viento puede ir de la brisa al vendaval; el aliento se puede concretar en resuello, vigor, ánimo, pasión o fuerza vital; el espíritu puede ser humano o demoníaco, o bien espíritu de Dios².

Con frecuencia, cuando leemos la Biblia hebrea, no es difícil elegir entre este cúmulo de posibilidades. Así, cuando se nos dice que, después del diluvio, "Dios hizo pasar una רוּחַ sobre la tierra, y las aguas descendieron" (Gn 8,1), entendemos obviamente que se trata de un fuerte viento; en la noticia de que la reina de Sabá, al ver las riquezas de Salomón, "se quedó sin רוּחַ" (1 Re 10,5 = 2 Cr 9,4) se nos impone la idea de respiración o aliento; el significado "espíritu" es claro en textos relativos a la fuerza que impulsa la actividad de los profetas, como Is 61,1: "La רוּחַ de Yahvé está sobre mí". Pero en muchas ocasiones la determinación del matiz exacto requiere cierta sensibilidad lingüística y exegética, atenta a las condiciones de producción de cada texto y a las tradiciones que están en su origen.

En una amplia serie de pasajes de la Biblia hebrea, aproximadamente una quinta parte del total en que aparece el vocablo רוּחַ, éste va acompañado de un nombre divino o de un posesivo que lo refiere a él. Tal es el caso de רוּחַ יְהוָה o de רוּחַ אֱלֹהִים, y también de רוּחַ unido a una forma posesiva de primera, segunda o tercera persona singular, según que Dios hable, se le hable o se hable de él.

Un examen de estos pasajes muestra que no en todos ellos tiene רוּחַ el mismo significado. En algunos parece clara la idea de viento sin más: "Se seca la hierba, se marchita la flor, cuando sobre ellas sopla la רוּחַ de

² Para traducir רוּחַ en el Génesis, la *Nueva Biblia Española* emplea ocho términos distintos; la *New English Bible*, siete.

Yahvé" (Is 40,7), o bien: "La רוח de Yahvé subirá del desierto y secará su manantial" (Os 13,15). Algo parecido sucede en los raptos o arrebatamientos de los profetas (1 Re 18,22; 2 Re 2,16; Ez 11,14; 37,1), donde la רוח es una extraña fuerza exterior, sin duda relacionada con el viento, que los lleva de un lugar a otro. A veces se trata de facultades o reacciones humanas atribuidas a Dios, como cuando se pregunta en Is 40,13: "¿Quién ha medido la רוח de Yahvé?" (es decir, su voluntad), y en Miq 2,7: "¿Acaso se ha acortado la רוח de Yahvé?"³ También es "רוח de Dios" la capacidad de interpretar sueños con que aparecen dotados José y Daniel (Gn 41,38; Dn 4,5.6.15; 5,11.14). Es posible, en fin, que רוח con un "posesivo divino" equivalga al correspondiente pronombre personal⁴, como sucede con frecuencia en el uso antropológico de esta palabra y de otras más o menos sinónimas.

Pero, hechas estas reservas, podemos precisar que, en el 70% de los pasajes en que רוח va acompañado por un nombre divino o un posesivo referido a Dios, se da un uso estrictamente teológico. Y este uso —debemos añadir— se da también en al menos una docena de pasajes en los que רוח, aun sin la compañía de tales modificativos, se relaciona directamente con Dios. El único significado que cabe en todos esos casos es el de "espíritu". Se trata del Espíritu de Dios: invisible y misterioso como el viento y el aliento vital, pero —a diferencia de estas realidades— inseparable de la esfera divina.

Este uso teológico de רוח se prolonga en la literatura del judaísmo. Los rabinos, escudriñando con amor las Escrituras, descubren nuevas facetas en la actuación del Espíritu de Dios. Pero, como no nos ofrecen en ningún lugar una síntesis de su pensamiento al respecto, para conocerlo hay que navegar por el inmenso mar de los escritos que nos han legado. A continuación, tras presentar el mensaje de la Biblia, surcaremos una parcela de ese mar: la literatura targúmica.

³ "Acortarse la רוח" de alguien es igual a acelerarse su respiración como muestra de impaciencia.

⁴ V. g., mi רוח = yo; tu רוח = tú, etc. Lo mismo vale para otros términos como "alma" y "carne".

II. EL ESPÍRITU DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

A lo largo del Antiguo Testamento, el Espíritu de Dios (o de Yahvé) aparece como una entidad que actúa en la historia de Israel con una finalidad esencialmente salvífica. Sus manifestaciones, que pueden ser violentas o apacibles, con efectos pasajeros o permanentes, y cuyos destinatarios van del individuo a todo el pueblo de Israel, se localizan en contextos fácilmente determinables⁵.

En la primera época de Israel, el Espíritu de Yahvé actúa sobre una serie de personajes a los que la historia deuteronomista da el nombre de "jueces", pero que en realidad son jefes carismáticos, pequeños caudillos cuya intervención, sobre todo guerrera, no supera generalmente los límites de sus propias tribus. La actuación del Espíritu de Yahvé los convierte en instrumentos de la salvación que Dios quiere para su pueblo. Así sucede con Otniel (Jue 3,10), que derrota a los edomitas; con Gedeón (Jue 6,34), cuyo "revestimiento" por el Espíritu es el comienzo de su victoria sobre la gente de Madián, y con Jefté (Jue 11,29), que triunfa en sus ataques contra los ammonitas. El Espíritu de Yahvé actúa también sobre Sansón (Jue 13,25; 14,6; 14,19; 15,14), ese héroe pintoresco cuyas hazañas se sitúan en la lucha contra los filisteos. Y Saúl, con quien se cierra esta época de jefes carismáticos y se inicia la monarquía, tras ser "invadido" por el Espíritu de Dios (1 Sm 11,6) convoca al pueblo para la guerra.

Otro contexto, también antiguo, en que aparece la acción del Espíritu (denominado en estos casos רוח אלהים, salvo en 1 Sm 10,6) es la profecía extática, institución cuyo origen ha de buscarse probablemente en Canaán. Estos profetas viven en grupos y se entregan a transportes religiosos en un estado de trance provocado con ayuda de la música y la danza. Su éxtasis, atribuido al Espíritu de Dios, es contagioso, como lo demuestra un par de episodios de la vida de Saúl. Después de ser ungido por Samuel y tal como éste le anuncia (1 Sm 10,6), Saúl se encuentra con un grupo de profetas extáticos; entonces le invade el Espíritu de Dios, y también él "profetiza" con el grupo (1 Sm 10,10s). En otra ocasión decide apresar a David, refugiado éste entre un grupo de profetas, y envía para ello tres series sucesivas de emisarios, pero todos terminan "profetizando" por obra

⁵ Cf. רוח, en E. Jenni / C. Westermann (eds.), *Diccionario teológico manual del AT II* (Madrid 1985) col. 914-947, esp. 934-947.

del Espíritu de Dios (1 Sm 19,20s); lo mismo sucede al propio Saúl cuando va personalmente en busca de David, con la particularidad de que, en su exaltación profética, "permaneció desnudo todo aquel día y toda la noche" (1 Sm 19,22-24).

Es de notar que, tanto en el caso de estos profetas como en el de los jefes carismáticos, la acción del Espíritu tiene carácter transitorio, se limita a un tiempo determinado. Podríamos decir que, una vez producido el efecto, el Espíritu se retira con la misma facilidad con que había venido. Nos hallamos ante una *concepción dinámica* del Espíritu de Dios.

En cambio, con la implantación de la monarquía israelita (siglo X) se produce un cambio radical: el Espíritu ya no actúa en forma transitoria, sino a título de don permanente que se concede a ciertas personas con vistas al cumplimiento de sus funciones. Así, desde el día de su unción como rey, David fue invadido por el Espíritu de Yahvé (1 Sm 16,13), el cual se había apartado de Saúl (1 Sm 16,14; cf. 18,12). El don aparece aquí vinculado a la sucesión en el cargo. Análogamente, sobre el profeta Eliseo, discípulo y sucesor de Elías, reposó el Espíritu como herencia recibida de su maestro (2 Re 2,9.15). Así pues, coincidiendo con la estabilidad de la monarquía se impone una *concepción estática* del Espíritu.

Mirando hacia atrás, esta concepción llevará a descubrir el don permanente del Espíritu en los grandes protagonistas de la historia antigua de Israel. Es lo que acontece con Moisés (Nm 11,17.15) y con Josué (Nm 27,18). Del Espíritu que está en Moisés participan los setenta ancianos elegidos como auxiliares suyos para el gobierno del pueblo (Nm 11,25-30). También los artesanos encargados de fabricar los objetos del culto aparecen colmados del Espíritu de Dios (Ex 31,3; 35,31). Pero es en el libro de Isaías donde tal concepción se muestra plenamente desarrollada: tanto el futuro rey mesiánico como el enigmático Siervo de Yahvé y el profeta encargado de anunciar la salvación a los afligidos reciben el Espíritu, que los asiste en el desempeño de sus respectivos cometidos (Is 11,2; 42,1; 61,1)⁶.

⁶ La diferencia en el modo de entender la acción del Espíritu de Dios se refleja en los verbos utilizados en cada caso. Cuando se trata de la jefatura carismática o de la profecía extática, se utilizan verbos de matiz dinámico: "invadir" (Sansón: Jue 14,6.19; Saúl: 1 Sm 10,6.10; 11.6); "venir sobre" (Balaán: Nm 14,2; Otniel: Jue 3,10; Jefe: Jue 11,29; emisarios de Saúl: 1 Sm 19,20; el propio Saúl: 1 Sm 19,23); "revestir" (Gedeón:

La profecía exflica y postexflica (desde el siglo VI) introduce en los anuncios de salvación un nuevo aspecto por lo que se refiere a la concepción del Espíritu: éste es concedido como *don permanente* no sólo a individuos excepcionales, sino a todo el pueblo elegido. Se trata de promesas puestas en boca de Dios. Por eso hallamos siempre la expresión "mi Espíritu (= de Dios)", y los verbos aparecen normalmente en futuro: "derramaré mi Espíritu sobre tu linaje" (Is 44,3); "mi Espíritu ... y mis palabras ... no caerán de tu boca" (Is 59,21); "infundiré mi Espíritu en vosotros" (Ez 36,27; 37,14); "derramaré mi Espíritu en la casa de Israel" (Ez 39,29); "derramaré mi Espíritu en toda carne... Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días" (Jl 3,1.2); "en medio de vosotros se mantiene mi Espíritu" (Ag 2,5).

Esta donación del Espíritu de Dios a todo Israel está orientada a la conversión y la fidelidad del pueblo. Ezequiel la relaciona estrechamente con el cambio que debe operarse en lo más íntimo del hombre (en su (&9, con la terminología del propio Ezequiel): Dios concede su Espíritu, y el hombre obra con un "espíritu nuevo" (Ez 11,19; 18,31; 36,26). Por su parte, el Déutero-Isaías (59,21) conecta la donación del Espíritu con la perennidad de la alianza, la cual queda en suspenso cuando el hombre se aparta de Dios. Es de notar, en estos pasajes, el empleo de verbos que significan "derramar" (Is 44,3; Ez 39,29; Jl 3,1.2). Tales verbos sugieren que el Espíritu es imaginado como un líquido, probablemente en analogía con la lluvia que Dios derrama sobre la tierra; al igual que la lluvia, es bendición para el hombre (cf. Is 44,3s: "mi Espíritu", en paralelismo con "mi bendición", produce la fecundidad de Israel).

Hemos señalado la conexión entre el Espíritu de Dios y la profecía extática. Pero ésta no desemboca en una comunicación racional, sino que se reduce a fenómenos inherentes al éxtasis. Tampoco desemboca en comunicación la posesión del Espíritu por parte de Elías y Eliseo; el don se traduce aquí en manifestaciones taumáticas (cf. 2 Re 2,14s). El caso es un tanto complejo en la profecía llamada "preclásica", como se des-

Jue 3,10); "impulsar" (Sansón: Jue 13,25). En cambio, los verbos carecen de ese dinamismo a partir de la monarquía y en la visión retrospectiva de la historia: "reposar" (sobre los ayudantes de Moisés: Nm 11,25-26; sobre Eliseo: 2 Re 2,15; sobre el rey mesiánico: Is 11,2); "dar" (a los setenta ancianos: Nm 11,25; cf. 11,29; al Siervo: Is 42,1); "estar lleno" (a propósito de Besalel, artesano del santuario: Ex 31,3; 35,31; de Miqueas: Miq 3,8).

prende del episodio en que Miqueas ben Yimlá disputa con los profetas de Ajab (1 Re 22 = 2 Cr 18). Aquí se establece cierta vinculación entre el Espíritu y la comunicación de un mensaje, pero no se ve claro el alcance del texto. Al parecer, aquellos "profetas de salvación", entre los que destaca Sedecías, se consideraban portadores del Espíritu de Yahvé, mientras que para Miqueas se trata de un "espíritu de mentira" (2 Re 22,21-23); de hecho, él apela exclusivamente a la palabra de Yahvé (vv. 14 y 28). Por lo demás, la relación entre Espíritu y mensaje aparece en el relato del vidente Balaán, el cual habla bajo la acción del Espíritu de Dios (Nm 24,2). Y David, en sus "últimas palabras", cuya introducción imita los oráculos de Balaán (cf. 2 Sm 23,1 con Nm 24,3-4.15-16), afirma que el Espíritu de Yahvé habla a través de él (2 Sm 23,2).

Por el contrario, y en contra de lo que suele suponerse, los profetas escritores, con excepción de Ez 11,5 (glosa) y quizá Miq 3,8, no atribuyen al Espíritu los mensajes de que son portadores. Apelan directamente a Yahvé o a su palabra. Ese silencio con respecto a la intervención del Espíritu en la comunicación de mensajes puede obedecer a un deseo de subrayar la especificidad de la "profecía clásica" frente a las formas anteriores. De todos modos, Os 9,7 no tiene inconveniente en identificar al "profeta" (נביא) como "hombre del Espíritu" (איש הרוח), reflejando así una arraigada concepción popular.

En cambio, después del destierro, desaparecida con el paso del tiempo la necesidad de establecer diferencias, se afirma claramente la *conexión entre Espíritu y mensaje profético*. La plegaria incluida en Neh 9 nos ofrece una formulación general en ese sentido: "Fuiste paciente con ellos durante muchos años, los amonestaste por tu espíritu a través de tus profetas" (v. 30, cf. v. 20). Y Zac 7,12 se refiere a "las palabras que Yahvé Sebaot había dirigido por su espíritu a través de los profetas". El Espíritu actúa sobre los portadores de mensajes: Azarías, hijo de Obed (2 Cr 15,1); el cantor Yejaziel (2 Cr 20,14); Zacarías, hijo de Yehoyadá (2 Cr 24,20), e incluso Amasay, personaje ajeno a la categoría profética (1 Cr 12,19)⁷. En lo sucesivo, todo lenguaje profético será atribuido al Espíritu de Dios.

⁷ Curiosamente, este nuevo modo de entender la profecía se combina con el uso de elementos antiguos; en concreto, con verbos de sentido dinámico: "venir sobre" o "revestir".

Esta relación del Espíritu con la comunicación de mensajes divinos es un punto de gran interés por la importancia que alcanzará tanto en la tradición rabínica como en la cristiana: el Espíritu, a través de hombres "inspirados", será el agente privilegiado de la revelación. "Espíritu" y "profecía" se convertirán en términos inseparables.

En la época postexílica, se produce una novedad: el Espíritu de Dios comienza a ser designado como "Espíritu Santo". Así, en Sal 51, una plegaria que refleja evidentes afinidades con la doctrina de Jeremías y Ezequiel, el orante suplica: "No retires de mí tu Espíritu Santo" (v. 13). Y en el gran salmo incluido en Is 63-64, evocando la historia de Israel, se dice: "Ellos se rebelaron y contristaron a su Espíritu Santo... ¿Dónde está el que puso en él (= Moisés) su Espíritu Santo?" (Is 63.10.11). En estos dos pasajes, los únicos en que aparece la expresión en la Biblia hebrea, el Espíritu tiene que ver, como principio de la vida moral y religiosa, con la conducta del individuo o del pueblo de Israel.

Más tarde, en el libro de la Sabiduría leemos: "El Espíritu Santo de la disciplina (ἄγιον πνεῦμα παιδείας) huye de la falsedad" (Sab 1,5); "¿quién conocerá tus designios si no le das sabiduría y no le envías tu Espíritu Santo?" (Sab 9,17; cf. 7,22). En este libro se identifican los efectos del Espíritu Santo con los de la sabiduría.

Por otra parte, es de notar que, después del destierro se tiende a atribuir al Espíritu (Santo) acciones o cualidades personales: el Espíritu se contrista (Is 63,10), lleva a los israelitas al descanso (Is 63,14), habla a los profetas (Ez 11,5, glosa explicativa; cf. 1 Sm 23,2; 1 Re 22,24), instruye (Neh 9,20), interviene en los mensajes proféticos (Neh 9,30; Zac 7,10), guía al individuo en su conducta (Sal 143,10) y recibe calificativos de tipo personal (por ejemplo, Sab 7,22).

Como vemos, el Antiguo Testamento no ofrece una concepción unitaria y cerrada sobre el Espíritu en su acepción teológica, sino una variedad de concepciones que surgen sucesivamente en el tiempo, se entrecruzan y, en parte, se anulan. En ellas difiere la terminología: Espíritu de Dios, Espíritu de Yahvé, Espíritu Santo. Difiere también el modo de entender la acción del Espíritu: violenta o apacible, de efectos pasajeros o permanentes. A lo largo del Antiguo Testamento se perfilan claramente dos líneas de evolución que van de lo dinámico a lo estático y del individuo a la colectividad. Y, por lo que se refiere a los contextos en que actúa el Espíritu, hallamos principalmente las guerras de Yahvé, el gobierno del pueblo, la profecía, el mesianismo, la vida de acuerdo con las exigencias

divinas. Extrañamente, el Espíritu no aparece en torno al sacerdocio ni en relación con el templo. Tampoco mueve a los sabios de Israel en su reflexión y magisterio. Ni ejerce sobre la actividad humana de escribir un influjo que permita presentar ciertos libros como "inspirados".

III. EL ESPÍRITU SANTO EN LA LITERATURA TARGÚMICA

Hasta hace no muchos años, se prestaba escasa atención a los targumes, traducciones de la Biblia hebrea al arameo, un tanto libres⁸, que se iniciaron desde el momento en que el primero de estos idiomas fue sustituido por el segundo como lengua ordinaria de comunicación en la tierra de Israel. El proceso de traducción de la Biblia hebrea al arameo se originó en el ámbito de las reuniones sinagogales: los pasajes de la Ley y los Profetas asignados a cada sábadó se leían en su versión original, en la lengua santa, pero a continuación eran traducidos oralmente a la lengua hablada por el pueblo. En un principio estuvo prohibido poner por escrito la traducción para evitar incluso la apariencia de que era equiparada en dignidad la palabra humana con la palabra de Dios. Sin embargo, poco a poco fueron apareciendo targumes escritos.

El estudio de estas versiones arameas recibió un impulso decisivo con el descubrimiento, en 1956, del Targum Neofiti en la Biblioteca Vaticana, descubrimiento debido al Prof. Alejandro Díez Macho. Aunque la fecha de composición de los distintos targumes siga todavía sujeta a discusiones y no sea fácil distinguir entre el material perteneciente a la redacción original y a posibles adiciones posteriores, es indudable que todos ellos contienen tradiciones antiguas, con frecuencia anteriores al cristianismo. Hasta nosotros han llegado targumes de casi todos los libros de la Biblia hebrea. Su conjunto constituye la "literatura targúmica".

Por lo que a nuestro tema se refiere, en esta literatura tenemos muestras de la reflexión a que, como prolongación de la contenida en el Antiguo Testamento, se entregaron los maestros de Israel en torno al Espíritu de Dios.

⁸ Precisamente en esa libertad reside su principal interés. Se trata de traducciones más o menos parafrásticas: contienen reinterpretaciones del texto bíblico e interesantes adiciones al mismo.

Lo primero que advertimos al recorrer las páginas de los targumes es que, en lugar de la expresión "Espíritu de Dios" o "Espíritu de Yahvé", encontramos con muy notable frecuencia "Espíritu Santo" (רוח קודש, léase *rúaj qódesch*, o רוה דקודשא, *rúaj dequdshá*), o bien "Espíritu de Profecía" (רוח נבואה, *rúaj nebuá*). El siguiente cuadro indica en qué lugares de los targumes al Pentateuco aparecen estas dos expresiones ⁹.

	Onq	Psjon	Frag	N
Gn 6,3		ES	ES	E
Gn 27,1			ES	
Gn 27,5		ES		
Gn 27,42		ES		
Gn 30,25		ES		
Gn 31,21		ES		ES (M)
Gn 35,22		ES		
Gn 37,33		ES	ES	
Gn 41,38	EP	EP		ES
Gn 42,1			ES	ES
Gn 43,13		ES		
Gn 45,27	ES	EP		
Ex 2,12			ES	EP (M)
Ex 31,3	EP	ES	ES	ES (M)
Ex 33,16		ES		
Ex 35,31	EP	EP		ES
Nm 11,17				ES

⁹ Onqelos (Onq), Pseudo-Jonatán (PsJon), Fragmentario (Frag) y Neofiti (N); E = Espíritu, EP = Espíritu de Profecía, ES = Espíritu Santo; M = variante marginal.

	Onq	PsJon	Frag	N
Nm 11,25-29	EP(2x)	EP(2x)	ES(2x)	ES(5x)
Nm 14,24				ES
Nm 24,2	EP	EP		ES
Nm 27,18	EP	EP		ES
Dt 5,24		ES		
Dt 18,15.18		ES(2x)		
Dt 28,59		ES		
Dt 32,26		ES		

En cuanto al uso de "Espíritu Santo" en los targumes a los restantes libros de la Biblia hebrea, el panorama es bastante desigual. He aquí los lugares en que aparece la expresión¹⁰.

Josué-Reyes	No aparece en la historia deuteronomista
Isaías	4x en Dt-Is (40,13; 42,1; 44,3; 59,21)
Jeremías	No aparece
Ezequiel	2x (36,27; 39,29)
Prof. Menores	2x en Joel (3,1.2)
Salterio	5x (78,1; 104,30; 106,33; 137,5; 143,10)
Job, Prov, Rut	No aparece
Cantar	3x (1,1; 2,12; 5,2)
Eclesiastés	2x (8,12.14)
Lamentaciones	No aparece

¹⁰ Extrañamente, los textos targúmicos no mantienen "Espíritu Santo" en Sal 51,13 ni en Is 63,10s, los dos lugares de la Biblia hebrea en que aparece.

Ester	1x en Ester I (5,1)
Crónicas	4x (1 Cr 11,11; 25,2; 2 Cr 7,6; 23,11)

Es posible que la presencia de "Espíritu Santo" en la literatura targúmica (y midrásica) se deba, en algunos casos, al propósito de no pronunciar el nombre de Dios, de suerte que la expresión sea simplemente un sustitutivo del nombre divino. Pero el hecho es que, por regla general, responde a una ulterior reflexión sobre el Espíritu de Dios, una reflexión que subraya la cercanía de Dios, la intimidad de su acción en el hombre¹¹.

Prolongando una línea iniciada en el Antiguo Testamento, los targumes nos dicen que el Espíritu Santo habla, conforta, manifiesta, castiga, exhorta, se aleja de donde hay pecado. Responde, por ejemplo, a Jacob para disipar sus temores (PsJon a Gn 35,22), dialoga con Moisés (cf. PsJon a Ex 33,16 y Nm 7,89), da órdenes a David en la guerra (Tg a 1 Cr 11,11). Rasgos como éstos podrían hacer pensar que los rabinos lo conciben como una entidad distinta de Dios, una entidad de tipo angélico.

A este respecto se ha hablado de "personificación" del Espíritu Santo. Pero tal lenguaje sólo es aceptable si se piensa en una personificación de tipo más o menos literario, como en el caso de la Sabiduría, que también actúa aparentemente como una persona: pregona por las calles (Prov 1,20ss), organiza un banquete para los inexpertos (Prov 9,1-6) e incluso acompaña a Dios en la creación (Prov 8). El Espíritu Santo es simplemente un atributo del único Dios, es el "Espíritu Santo de Dios"¹². También los cristianos, al aludir a Dios como providente, decimos que su Providencia nos guía o nos custodia.

En la teología rabínica, el Espíritu Santo aparece relacionado con la luz (ilumina a personajes como Moisés) y con el fuego¹³, pero sobre todo

¹¹ J. Abelson, *The Immanence of God in Rabbinical Literature* (London 1912), es una obra pionera en el campo que nos ocupa. Si bien presta poca atención a los targumes, dedica ocho capítulos (pp. 174-277) al tema del Espíritu Santo en los escritos rabínicos. Por su parte, P. Schäfer, *Die Vorstellung vom heiligen Geist in der rabbinischen Literatur* (Studien zum Alten und Neuen Testament 28; München 1972), traduce y analiza los abundantes textos de la literatura rabínica relativos al Espíritu Santo.

¹² Este carácter divino resulta claro cuando "Espíritu Santo" aparece en paralelismo con "Dios"; por ejemplo, Testamento de Leví 18,11: "Él (= Dios) hará que los santos coman del árbol de la vida, y el Espíritu Santo permanecerá sobre ellos".

¹³ La relación con este elemento, ausente en los targumes, está atestiguada en otros

con el viento. No es extraño, dado que "espíritu" y "viento" son en hebreo una misma palabra. En este contexto es de notar la vacilación de los rabinos a la hora de entender en qué consiste la *rúaj* de Dios que actúa sobre las aguas en Gn 1,2. Algunos opinan que se trata del viento, pero otros piensan en el Espíritu (Santo). De hecho, los targumes dicen unánimemente "*rúaj* de misericordia", con lo cual dan a entender que se trata de una *rúaj* singular ("espíritu" diríamos nosotros).

El Espíritu Santo es un don que Dios concede a los justos. De ahí que se atribuya su posesión a varios personajes de relevante virtud en el Antiguo Testamento. Sobre Jacob, por ejemplo, "descansó el Espíritu Santo" (cf. Onq a Gn 45,27). De José, el hijo de Jacob, dice el faraón: "¿Dónde encontraremos un hombre como éste, en el que habite el Espíritu Santo de Yahvé?" (N a Gn 41,38). Su posesión se atribuye, por supuesto, a Moisés (PsJon a Dt 5,24). También a los setenta ancianos que auxilian a Moisés en el gobierno del pueblo (N a Nm 11,17). Algunas personas cuentan con el Espíritu Santo para la realización de tareas concretas, como es el caso de Besalel, encargado de confeccionar los utensilios del culto (N a Ex 35,31). Otras personas dotadas del Espíritu Santo son Caleb (N a Nm 14,24), Josué (N a Nm 27,18), David (Tg a 1 Cr 7,6), Ester (Tg a Est 5,1) y, de manera especial, el Siervo de Yahvé, de quien se dice: "Éste es mi siervo, el Mesías ... pondré mi Espíritu Santo sobre él" (Tg a Is 42,1).

A veces esta preciosa posesión afecta a toda una colectividad. Como en el caso del Siervo, a quien Dios anuncia: "Derramaré mi Espíritu Santo sobre tus hijos" (Tg a Is 44,3; cf. a 59,21). La promesa se amplía a todo Israel: "Derramaré mi Espíritu Santo sobre toda carne" (Tg a Jl 3,1 y a Ez 39,29). Se trata de un don que cualquiera es capaz de recibir con tal de que sea digno de él. Incluso los paganos pueden actuar movidos por el Espíritu Santo. Así sucedió con Balaán, el cual pronunció su oráculo en favor de Israel una vez que "el Espíritu Santo estuvo sobre él" (N a Nm 24,2)¹⁴.

lugares. Cf., por ejemplo, Lv Rabbá I, 1: "Cuando el Espíritu Santo permaneció sobre Pinjás, su rostro se tornó ardiente como la llama". El mismo midrás, con pintoresca exageración relaciona Espíritu Santo y ruido: "Cuando el Espíritu Santo llegó sobre Sansón, sus cabellos se erizaron y chocaron entre sí como una campana, de modo que su sonido llegó desde Zorá a Estaol" (Lv Rabbá VIII, 2).

¹⁴ En el midrás se dice más explícitamente: "Al principio fue intérprete de sueños,

La doctrina rabínica sobre la relación entre buena conducta y Espíritu Santo tiene un carácter que diríamos circular: el hombre ha de ser digno de él para recibirlo, pero al mismo tiempo el Espíritu Santo es el principio que da origen a la buena conducta. Así, en vísperas del diluvio, Dios se pregunta: "¿Acaso no puse en ellos mi Espíritu Santo, para que hagan obras buenas?" (PsJon a Gn 6,3). La acción del Espíritu Santo requiere en el justo una perfección no solamente espiritual, sino también física. Tenemos un ejemplo en la ceguera de Isaac: "Cuando Isaac envejeció y sus ojos no eran capaces de ver, el Espíritu Santo se retiró de él" (Frag a Gn 27,1). También se retiró de Jacob cuando éste se llenó de tristeza al enterarse de la supuesta muerte de José; pero, al recibir la noticia de que su hijo vivía, "el Espíritu Santo descansó sobre Jacob, su padre" (Onq a Gn 45,17)¹⁵.

Gracias al Espíritu Santo es posible conocer hechos alejados en el espacio o en el tiempo. De ahí que Rebeca conozca "por el Espíritu Santo" lo que Isaac dice a Esaú y los proyectos de éste contra su hermano (PsJon a Gn 27,5.42). También "por el Espíritu Santo", cuando Raquel da a luz a José, dice Jacob: "Los que descendan de la casa de José serán como llama que consume a la casa de Esaú" (PsJon a Gn 30,25). El mismo Jacob se dirige hacia la montaña de Galaad "porque vio por el Espíritu Santo que allí se realizaría la liberación de Israel en los días de Jefé de Galaad" (N [margen] a Gn 31,21). Y más tarde, con respecto a la desaparición de José, declara: "Veo por el Espíritu Santo que le amenaza una mala mujer" (PsJon a Gn 37,33; también Frag). También ve "por el Espíritu Santo que se vendía trigo en Egipto". Por su parte, Moisés da muerte al egipcio tras ver "por el Espíritu Santo" que "no iba a salir de él ningún prosélito" (PsJon a Ex 2,12).

Un fenómeno interesante en los targumes es que intercambian con gran frecuencia la expresión "Espíritu Santo" con "Espíritu de Profecía". De hecho, comparando los diversos targumes al Pentateuco¹⁶, advertimos que, a menudo, donde uno emplea la primera de esas expresiones, otro emplea la segunda. Baste un par de ejemplos. Con respecto a las palabras

después se convirtió en adivino y, finalmente, llegó a participar del Espíritu Santo" (Números Rabbá XX, 7).

¹⁵ En los *Capítulos de Rabí Eliezer* (47, 4) se llega a decir que, cuando Moisés se encolerizó, "el ES se retiró de él".

¹⁶ Véase *supra* el cuadro correspondiente.

del faraón sobre José en Gn 41,38, N dice "Espíritu Santo", mientras que Onq y PsJon dicen "Espíritu de Profecía" (en el TM se lee "Espíritu de Dios"). Análogamente, en Ex 31,3 Dios colma a Besalel de "Espíritu de Profecía" según Onq y PsJon, y de "Espíritu Santo" según N. El fenómeno se da también entre diversos pasajes de un mismo targum. Así sucede en el Tg a Ecl, que atribuye los conocimientos de Salomón tanto al Espíritu Santo como al Espíritu de Profecía (cf. 8,12.14 con 1,2; 2,13; 3,11; 4,15; 9,7; 10,7; 12,9). E incluso se da en un mismo pasaje: al comienzo del Tg a Cant se dice que Salomón habló por el Espíritu de Profecía y, acto seguido, que habló por el Espíritu Santo.

Además, la profecía se presenta en ocasiones como efecto de la posesión del Espíritu Santo. Tal es el caso de los setenta ancianos que auxilian a Moisés: "Ocurrió que, cuando se posó sobre ellos el Espíritu Santo, se pusieron a profetizar y no cesaban" (N a Nm 11,25; en Onq y PsJon "Espíritu de Profecía"). Otros pasajes: "¿Quién ha puesto el Espíritu Santo en la boca de todos los profetas?" (Tg a Is 40,13); "la voz del Espíritu Santo los advertía a través de los profetas" (Tg a Cant 5,2); "los hijos de Asaf eran dirigidos por Asaf, que profetizaba por el Espíritu Santo" (Tg a 1 Cr 25,2)¹⁷.

Se diría que nos hallamos ante dos expresiones intercambiables, equivalentes y, por tanto, sinónimas. Sin embargo, esto no se puede afirmar sin más. Es cierto que ambas expresiones resultan intercambiables en muchos casos, pero también es cierto que al Espíritu Santo se atribuyen algunas funciones peculiares, como es su relación con la conducta moral. Así, por ejemplo, leemos que Dios se irritó contra los israelitas pecadores en el desierto "porque se opusieron a su Espíritu Santo" (Tg a Sal 106,33). Tal afirmación no tendría mucho sentido con "Espíritu de Profecía". Y lo mismo cabe decir del citado pasaje de PsJon a Gn 6,3: "¿Acaso no puse en ellos mi Espíritu Santo, para que hagan obras buenas?"

El intento de precisar ulteriormente los matices de ambas expresiones choca con dos dificultades: 1) desconocemos la fecha exacta en que fue

¹⁷ En los targumes no he encontrado ningún pasaje que establezca una relación clara entre el Espíritu Santo y lo que nosotros entendemos por inspiración bíblica. Pero la idea no es ajena al rabinismo. En el libro 4 de Esdras, apócrifo judío de comienzos del siglo II (a esta fecha pertenece la parte segunda, caps. 3-14, la más importante, de la obra), leemos: "Si, pues, he hallado [dice Esdras] favor ante ti, envíame el Espíritu Santo, para que pueda escribir todo lo que ha sucedido en el mundo desde el comienzo, incluso las cosas que han sido escritas en la Ley" (4 Esd 14,22).

compuesto cada uno de los targumes y 2) sabemos que, durante el proceso de transmisión, se introdujeron en ellos numerosos retoques y correcciones, de modo que las copias que han llegado hasta nosotros no responden en todo a los originales.

No obstante, sin entrar en el complejo problema de la datación y transmisión de los targumes, podemos afirmar que una de tales correcciones fue la sustitución de "Espíritu Santo" por "Espíritu de Profecía". Como queda dicho, a raíz del destierro babilónico se comenzó a emplear la expresión "Espíritu Santo" no tanto para evitar la mención directa de Dios cuanto para subrayar su cercanía a los hombres. Al Espíritu Santo se atribuyeron diversas actividades: desde auxiliar a los grandes protagonistas de la historia de Israel en el desempeño de su funciones hasta orientar la vida de todo el pueblo, pasando por la manifestación de cosas ocultas y la inspiración de los profetas. Pero, poco a poco, fue precisamente en la inspiración profética donde se centró la acción del Espíritu Santo, y ello dio lugar al uso de "Espíritu de Profecía" como expresión equivalente. A esto se añadió, desde mediados del siglo I d. C., la importancia del Espíritu Santo para la teología cristiana en un ambiente de confrontación entre judaísmo y cristianismo. Consecuencia: que los maestros judíos procedieron a sustituir "Espíritu Santo" por "Espíritu de Profecía"¹⁸.

Es de notar que la sustitución no se realizó de manera sistemática. De haber sido así, no se daría el caso de que lugares paralelos de distintos targumes no presenten la misma expresión y, menos aún, de que un mismo targum emplee las dos expresiones.

Un axioma corriente entre los rabinos es que "el Espíritu Santo cesó en Israel con la muerte de Ageo, Zacarías y Malaquías". Desde entonces tomó el relevo la *bat qol* (literalmente, "hija de la voz", es decir, un eco). Así lo declara una variante del axioma: "Cuando murieron Ageo, Zacarías y Malaquías, el Espíritu Santo se retiró de Israel, pero permaneció la *bat qol*"¹⁹ Esta voz del cielo, aunque de rango inferior al Espíritu

¹⁸ Más tarde, cuando la confrontación perdió en intensidad, ya no tuvieron inconveniente en emplear de nuevo la expresión "Espíritu Santo". De hecho, ésta es prácticamente la única que aparece en el Talmud (compuesto entre los siglos III y V). Nos referimos en especial al Talmud palestinese; en el babilónico la expresión ha sido cambiada en ocasiones por *bat qol*, término de que hablamos a continuación.

¹⁹ Cant Rabbá VIII, 8, 9 § 3; b Sanh 11a.

Santo, responde a la misma creencia de que Dios está cerca de sus criaturas humanas. Es la voz del Espíritu Santo.

La literatura targúmica alude repetidas veces a la *bat qol*. Ejemplos: Con ocasión del sacrificio de Isaac, se nos dice: "En aquella hora descendió de los cielos una voz y dijo: "Venid, ved dos personas únicas en mi mundo. Una sacrifica y la otra es sacrificada. El que sacrifica no titubea, y el que es sacrificado extiende su cuello" (N a Gn 22,10). Cuando Isaac descubre que ha bendecido por error a Jacob, "descendió de los cielos una voz y dijo: También será bendecido" (N a Gn 27,33). Una "voz del cielo" interviene para reprochar a los israelitas que protesten por no tener más alimento que el maná (N a Nm 21,6). Las palabras "si me olvido de ti, Jerusalén" son atribuidas a "la voz del Espíritu Santo" (Tg a Sal 137,5).

Todas estas ideas targúmicas sobre el Espíritu Santo —que se reflejan igualmente en la literatura midrásica y en los dos Talmudes— representan cierta evolución con respecto a las del Antiguo Testamento. A diferencia de lo que la Biblia hebrea afirma del Espíritu de Dios, el Espíritu Santo nunca interviene en contextos bélicos ni produce efectos violentos. Actúa más bien en el interior de las personas, y de manera permanente²⁰, para fomentar en ellas una conducta de acuerdo con las exigencias de Dios o también para auxiliarlas en funciones de gobierno. A veces interviene para manifestar a los protagonistas de la historia de Israel algo relativo a futuros designios divinos. Puede descender sobre "cualquiera que sea digno de él" (lo cual es un indicio de universalidad en contraste con el particularismo que caracteriza en general la enseñanza rabínica). Tiene una relación especial con la profecía, pero ésta se encuentra ya a mucha distancia de los trances extáticos que nos describen algunas páginas del Antiguo Testamento. Para los rabinos, la profecía es, como la acción del Espíritu Santo, una orientación divina que ayuda a caminar sin extravíos por los senderos de la vida. Curiosamente, en fin, el Espíritu Santo no aparece —como tampoco el Espíritu de Dios en la Biblia— vinculado al culto o al sacerdocio de Israel²¹.

²⁰ Los verbos más utilizados en los targumes son "descansar sobre", "estar con", "permanecer", "llenar".

²¹ No obstante, un aforismo varias veces repetido en la literatura rabínica afirma la presencia del Espíritu Santo en el templo: "En el primer templo había cinco cosas que faltaban en el segundo: el fuego de lo alto, el óleo de la unción, el arca, el Espíritu Santo y los urim y tummim" (así en Cant Rabbá VIII, 9).

El Nuevo Testamento habla con frecuencia del Espíritu Santo. La expresión, como se ve por cuanto precede, tiene una larga prehistoria. Y es que los cristianos, para expresar la gran novedad manifestada en Cristo y por Cristo, no inventaron una nueva terminología, sino que recurrieron a términos empleados en su entorno religioso y cultural²².

Y no sólo términos: también, a menudo, peculiaridades inherentes a las realidades designadas con ellos. De hecho, varios pasajes del Nuevo Testamento reflejan todavía una noción del Espíritu Santo que no difiere prácticamente de la que encontramos en el Antiguo Testamento y en la enseñanza de los rabinos: se trata simplemente de un influjo divino en la historia humana²³. Como en los targumes, por las páginas de los Evangelios (especialmente Lucas) desfilan personajes que están "llenos del Espíritu Santo" o actúan movidos por él²⁴; en los Hechos, el Espíritu Santo —como antaño había sucedido en el pueblo de Israel— guía las decisiones de los dirigentes de la Iglesia e impulsa el testimonio de los creyentes en Cristo. También aquí el Espíritu Santo está relacionado con la profecía. En el fenómeno de Pentecostés, en el que "todos quedaron llenos del Espíritu Santo", intervienen elementos tan tradicionales en la concepción del Espíritu como el viento y el fuego (Hch 2,2-4). Y la promesa bíblica (Jl 3,1) de una efusión del Espíritu de Dios "sobre todo hombre", presentada en el correspondiente pasaje del targum como efusión del Espíritu Santo, aparece cumplida en los comienzos de la Iglesia, según explica Pedro en su discurso de Hch 2.

También la tradición de la voz celeste (*bat qol*) resuena a los Evangelios: concretamente, en el bautismo y en la transfiguración de Jesús (Mc 1,10 par. Mt 3,17 y Lc 3,22; Mc 9,7 par. Mt 17,5 y Lc 35). Y en un pasaje un tanto enigmático del Evangelio de Juan: cuando la voz del cielo da testimonio en favor de Jesús, los presentes se muestran desconcertados; se preguntan si habrá resonado un trueno o una locución angélica (Jn 12,28-30).

²² Pensemos en términos como iglesia, evangelio, sacramento, eucaristía.

²³ Obsérvese el paralelismo espíritu/fuerza en Lc 1,35: "Un Espíritu Santo (HE אֱלֹהִים ; AGE sin artículo) vendrá sobre ti y una fuerza (< כְּחֹדֶר sin artículo) del Altísimo te cubrirá con su sombra".

²⁴ Tal es el caso de Isabel (Lc 1,41), su marido Zacarías (1,17), el anciano Simeón (2,15), etc.

Pero, como sabemos los cristianos, el Nuevo Testamento va mucho más lejos que los rabinos. Éstos presentan al Espíritu Santo *como si fuera* una persona; se trata, a fin de cuentas, de un atributo divino. En cambio, para el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo *es realmente* una persona en la misterio del Dios único. Así, con ayuda de categorías filosóficas heredadas de Grecia, lo ha proclamado solemnemente la Iglesia a lo largo de los siglos.